

EXAMEN DE LIBROS

Hélène RIVIÈRE D'ARC: *Guadalajara y su región*. México, S. E. P. 1973, 231 pp. [SepSetentas, 106].

El número 106 de la exitosa colección SepSetentas lleva por título el de *Guadalajara y su región*. Se trata de un estudio de una francesa, Hélène Rivière d'Arc, que "pretende mostrar cuáles son —en un medio natural y con un contexto histórico dados— las dificultades encontradas al procurar equilibrar el crecimiento de una gran ciudad y el de sus alrededores". En ese afán, el estudio hace hincapié en lo que se refiere a este siglo y, de manera más intensa a partir del año de 1940, cuando Guadalajara asumió el acelerado ritmo de crecimiento que conserva actualmente. La autora maneja preponderantemente datos de naturaleza económica y demográfica, lo que torna un poco árida su lectura, especialmente para aquellos que estamos más habituados al manejo de letras que de números.

En general puede presumirse que la mayor parte del libro —precisamente la dedicada a estudiar la Guadalajara actual—, parece tener grandes méritos, no tan sólo porque su autora recurrió a las mejores fuentes en que se podía apoyar y extrajo de ellas muchos datos interesantes que no habían sido manejados con anterioridad, sino también porque el procesamiento y la presentación de ellos parece ser muy adecuada y explícita; por lo menos ésta es la opinión unánime de ciertos economistas de prestigio a quienes interrogué al respecto, algunos de los cuales incluso fueron consultados por Hélène Rivière durante su investigación.

Si el libro se hubiera concretado exclusivamente a la Guadalajara contemporánea, como quizá hubiera sucedido de ser su autor demasiado especializado, tal vez lo hubiéramos tachado de incompleto, cojo o monográfico en exceso, por lo que es muy loable el esfuerzo de dedicar aproximadamente una cuarta parte de él a la presentación de un trasfondo histórico que ayude a explicar muchas características actuales y a que el panorama presentado tenga un carácter más global; sin embargo, si esta primera cuarta parte del libro hubiese sido suprimida, hubieran dejado de aparecer algunos errores que, según como se vean las cosas, pueden revestirse de una cierta dosis de gravedad.

Para empezar, pueden hallarse algunas aseveraciones radicales

que carecen totalmente de apoyo fidedigno, como lo puede ser, por ejemplo, aquella de que la población de Xalisco en el actual estado de Nayarit, fue fundada por los toltecas en el año 618 (p. 20), de la cual no proporciona por cierto ninguna referencia.

A pesar de que, meritoriamente, pone en tela de juicio que los pueblos prehispánicos de esta zona hayan constituido una *confederación* —antiguo vicio que se remonta a la época de Ignacio Navarrete y que fue ampliamente propalado por Alberto Santoscoy, Pérez Verdía y Dávila Garibi, entre otros—, conserva de ese error decimonónico que no se ha corregido totalmente aún, el hábito de considerar que el Occidente *pre-guzmánico* constituía una entidad política reconocida con el nombre de *chimalhuacan* —término aplicado a esa región también desde el siglo XIX— (pp. 20-21).

Sin embargo tuvo el buen criterio de prescindir del híbrido término *huytlahtoanazgo* empleado también desde mediados del siglo pasado para designar a los territorios pertenecientes a las cuatro poblaciones más importantes de la región. En su lugar emplea *cacicazgo*, también inexacto, pero mucho más adecuado si se toma en cuenta la connotación contemporánea de esta palabra de filiación caribe (p. 21).

Hay otra falla notable, si hacemos caso de las investigaciones que Eduardo Noguera hizo en la Quemada, Zacatecas: lo que hoy constituye esta vistosa zona arqueológica nunca fue “un puesto militar... que protegía a los mexicas de las invasiones chichimecas” (p. 22). Al decir de Noguera y de Corona Núñez, que también trabajó la zona, cuando la Quemada desempeñó esta función, fue casi un milenio antes de que los aztecas llegaran al Valle de México. Por lo demás, su ubicación en el mapa que se encuentra en la p. 25 es totalmente errónea.

No tenemos la seguridad absoluta de que las sociedades pre-guzmánicas hubieran sido de tipo patriarcal (tal y como afirma en la p. 21), antes bien, ateniéndonos a las *Crónicas de la Conquista* casi deberíamos sospechar que, por lo menos en los tiempos de la llegada de los españoles, el matriarcado no estaba tan alejado de la vida de aquellas gentes. Son varios los casos en que los conquistadores hablan de comunidades gobernadas por mujeres. ¿Será meramente accidental que el país de las Amazonas se haya buscado precisamente en esta región?

No se trata de afirmar aquí que todas aquellas gentes hayan vivido en un matriarcado completo, puesto que las mismas cróni-

cas dan testimonio de muchos lugares en que son evidentemente los hombres quienes juegan un papel preponderante, pero de eso a que estas sociedades fueran todas ellas "de tipo patriarcal" hay una gran distancia.

No era de esperarse que una persona que viniera a Guadalajara a realizar una investigación de tema contemporáneo pudiera obtener buena información sobre los tiempos prehispánicos, si ésta no se ha hecho asequible todavía; en todo caso la culpa es de aquellos conciudadanos que asesoraron mal a la investigadora visitante, o que simplemente se negaron a hacerlo. Para todos hubiera sido más conveniente que un libro con los méritos de *Guadalajara y su región*, resultara lo menos imperfecto posible.

Entre 1522 y 1523, dice, "Alonso de Ávalos y Juan Álvarez Chico intentaron alcanzar el Pacífico pero fracasaron" (pp. 22-23). No es difícil saber que esta primera expedición a Colima, se dividió en dos antes de penetrar en la región; que el ramal encabezado por Ávalos se establecería exitosamente en el sur de Jalisco fundando una provincia que subsistiría con su nombre y con una vida muy particular casi hasta fines de la colonia. Esta región aún hoy conserva una cierta unidad y una cierta independencia del resto del estado de Jalisco, la cual se ha intensificado un poco recientemente, desde que se fundó la llamada Comisión del Sur. El otro ramal de la expedición, al mando de Álvarez Chico, sí sufrió en cambio un sonoro descalabro a manos de los indios, tanto en su primer intento como en el segundo cuando contó con el refuerzo de Cristóbal de Olid y su gente. La conquista de Colima, como se dice en el propio libro, en el mismo párrafo, la realizó Gonzalo de Sandoval, pero la falta de fortuna sigue al afirmar que "fundó la villa de Santiago de los Caballeros [Colima] en 1525".

La fundación de Colima se llevó a cabo en 1523 y el nombre en cuestión se le adjudicó a esa villa sólo durante una corta temporada en el siglo xviii.

Al hablar de la expedición de Nuño de Guzmán los datos no están equivocados pero sí, en parte, el somero análisis que hace de ella. Dice que Guzmán partió a su conquista sin la autorización de Cortés, lo cual es cierto, pero no lo es tanto su afirmación en el sentido de que "el objetivo de la expedición era muy confuso" (p. 23). Siendo Nuño presidente en la primera audiencia había lesionado mucho los intereses del extremeño que se encontraba en España reparando el maltratado concepto que la corona

tenía de él; pero en cuanto se supo en México que regresaba gozando del respaldo real, Nuño hizo maletas y marchó a tratar de realizar una empresa más sonada que la llevada a cabo por Cortés. Con ello se puede ayudar a explicar lo que la autora toma de Berthe, de que Nueva Galicia tuvo siempre una marcada tendencia a la autonomía e incluso a la independencia (p. 23): La conquista de Nuño fue, además del resultado de una graciosa huida, el de su aspiración de adjuntarle territorios al Pánuco —del que era gobernador— y constituir así una fuerte colonia con playas en oriente y poniente que pudiera vivir al margen de la Nueva España. Cabe recordar aquí que el nombre con que Nuño pretendió designar a su territorio originalmente fue el de la *Mayor España*, como para dejar sentado que era más grande que el de Cortés.

Respecto a la fundación definitiva de Guadalajara hay un error pequeñito, puesto que se realizó un año después del de 1541, que es el señalado por la autora (p. 27). Además, cuando habla de las razones por las cuales Guadalajara tuvo que abandonar Tonalá para cruzar la barranca de Huentitán y establecerse en Tlacotán, lo tribuye únicamente a presiones de la audiencia (p. 26), olvidando que Nuño de Guzmán había reservado para su encomienda precisamente el valle de Tonalá —del que aspiraba a ser marqués—, por lo que tenía que sentirse forzosamente perjudicado con la presencia de la población. Por otra parte, en el ya referido mapa de la página 25 Tlacotán también está notoriamente mal ubicado. Hay otra pequeña falla cuando habla del traslado de la capital del Nuevo Reino, de Compostela a Guadalajara en 1560, diciendo que entonces se creó la audiencia (p. 29), cuando ésta se había constituido desde 1548.

Hélène Rivière insiste en considerar a Colima como parte de Nueva Galicia primero y de la intendencia de Guadalajara después (pp. 33 y 37), siendo que esta región costera nunca dependió políticamente de Guadalajara antes de 1810. Tal vez la confusión haya venido de que, aun perteneciendo política y administrativamente a Nueva España, en lo judicial dependía de la audiencia tapatía cuya demarcación era mayor que la del reino neogallego.

Es cierto, como ya se dijo, que Jalisco no puede ofrecer al interesado ninguna síntesis adecuada de su pasado y que nuestras bibliotecas no son fáciles de manejar, pero para la época colonial la bibliografía no es tan escasa e inaccesible para una investigadora ansiosa como lo demuestra ser Hélène Rivière, quien además

—conviene repetirlo— ofrece en la primera parte de este libro una breve panorámica histórica del estado, diferente, con criterio moderno y enfoques novedosos que será de valiosísima ayuda para quien escriba al respecto de ahora en adelante.

José Ma. MURÍA
Centro Regional de Occidente
INAH

José María KOBAYASHI: *La educación como conquista — Empresa franciscana en México*, México, El Colegio de México, 1974, x + 426 pp. [Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 19].

A pesar del evidente optimismo con que José María Kobayashi enjuicia la labor educativa de los franciscanos en México durante el siglo xvi, la lectura de su libro —como la del de Ricard, su gran antecesor— suscita un sentimiento de perplejidad y tristeza. Sentimiento que no se disipa por más que el autor nos asegure que, gracias a estos miembros de la orden de San Francisco, México “es una nación católica con mayor proporción del elemento indígena incorporado a la vida nacional que... otras naciones con condiciones étnicas análogas” y que, en general, pueda considerarse que tuvieron éxito.

En realidad, basta tener en mente los propósitos de los primeros misioneros —que, como dice Kobayashi, resultan un caso excepcional en la historia, ya que fueron ellos, parte integrante del pueblo conquistador, los que “a fuerza de humildad y caridad humanas” quisieron tender un puente hacia los conquistados y edificar con ellos “una nueva cristiandad”— y confrontar tales propósitos con lo logrado hacia fines del siglo xvi, para que el pesimismo y la duda se apoderen de nosotros. Pesimismo muy viejo, por lo demás, pues ya permea las obras de Sahagún, Mendieta y Torquemada, a quienes tocó en suerte ver reducidas a su mínima expresión las empresas más ambiciosas de sus hermanos de hábito: los varios monasterios-escuela y, sobre todo, lo que debió ser la culminación de la tarea educativa: el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Ante los menguados frutos de la obra franciscana, cabe preguntarse si la maldición que el poeta austriaco Grillparzer atri-